

# Texto de la Encíclica "Ecclesiam Suam", del Sumo Pontífice Paulo VI

**Declarar la importancia que tiene la salvación eterna de la sociedad humana y mostrar la solicitud de la Iglesia por conseguir ser mejor conocida y amada.**

Habiendo Jesucristo fundado su Iglesia para que fuese al mismo tiempo madre amorosa de todos los hombres y dispensadora de salvación, se ve claramente por qué, a lo largo de los siglos, le han dado muestras de particular amor y le han dedicado especial solicitud todos aquellos que se han interesado por la gloria de Dios y por la salvación eterna de los hombres: entre estos, como es natural, brillan los Vicarios del mismo Cristo en la tierra, un número inmenso de Obispos y de Sacerdotes y un maravilloso escuadrón de cristianos santos.

A todos, por tanto, les parecerá justo que Nos, al dirigir al mundo entero nuestra primera Encíclica, después de que, por inescrutables designios de Dios recibimos el Sumo Pontificado, movidos como por impulso espontáneo, volvamos nuestro pensamiento amoroso y reverente a la Santa Iglesia.

Por este motivo, nos proponemos en esta Encíclica, aclarar lo más posible a los ojos de todos, cuánta importancia tiene por una parte para la salvación de la sociedad humana, y con cuánta solicitud, por otra, la Iglesia, lo desea, que una y otra se encuentren, se conozcan y se amen.

Cuando por gracia de Dios, tuvimos la fortuna de dirigirnos personalmente la palabra, en la apertura de la Segunda Sesión del Concilio Euménico Vaticano II, en la Fiesta de San Miguel Arcángel del año pasado, a todos vosotros reunidos en la Basílica de San Pedro, os manifestamos el propósito de dirigirnos también por escrito, como es costumbre al principio de un Pontificado, nuestro fraternal y paternal dis-

curso, para manifestaros algunos de los pensamientos que en nuestro espíritu se destacan sobre los demás y que nos parecen útiles para guiar prácticamente los comienzos de nuestro ministerio pontifical.

Verdaderamente no es difícil determinar estos pensamientos, porque los tenemos que descubrir en la más cuidadosa meditación de la doctrina divina, teniendo presente las palabras de Cristo: "Mi doctrina no es mía sino de aquel que me envió" (Jn. 7, 16); tenemos además que adaptarlos a las condiciones de la Iglesia misma en una hora de actividad y conmoción, tanto de su interior experiencia espiritual, como de su exterior esfuerzo apostólico; y no podemos, finalmente, ignorar el estado en que se halla la humanidad, en medio de la cual se desenvuelve nuestra misión.

Pero no es nuestra ambición decir cosas nuevas ni completas; para esto está el Concilio; y su obra no debe ser turbada por nuestra sencilla conversación epistolar, sino antes bien, honrada y alentada por ella. Esta nuestra Encíclica no quiere revestir carácter solemne y propiamente doctrinal, ni proponer enseñanzas determinadas, morales o sociales, sino que simplemente aspira a ser un mensaje fraternal y familiar. Pues queremos tan sólo, con este nuestro escrito, cumplir el deber de descubrirnos nuestro ánimo, con la intención de dar a la comunión de fe y de caridad, que afortunadamente existe entre nosotros, una mayor cohesión, un mayor gozo, con el propósito de fortalecer nuestro ministerio, de atender mejor a las fructuosas celebraciones del Concilio Euménico

---

## EL TRASPLANTE DE ORGANOS...

troversia y todavía podemos aprender más, y seguramente ningún daño puede venir de esto, mientras los moralistas eviten los errores contra los cuales las sentencias papales han sido dirigidas".

### Conclusiones.

De estas consideraciones se puede, por lo tanto, concluir que: siendo la mutilación un problema discutido aún por los moralistas, en

la práctica no se podrán prohibir tales operaciones; dadas las circunstancias debidas, mientras no determine lo contrario el Magisterio de la Iglesia.

Nosotros nos inclinamos más bien a la licitud, en consideración de las razones expuestas, por creerlo más conforme al espíritu positivo; por la armonía con el asombroso progreso médico; por parecernos más en consonancia con la auténtica caridad cristiana, que pregona la Iglesia,

mismo y de dar mayor claridad a algunos criterios doctrinales y prácticos que pueden últimamente guiar la actividad espiritual y apostólica de la Jerarquía eclesiástica y de cuantos le prestan obediencia y colaboración o incluso tan sólo benévola atención.

### LOS TRES PENSAMIENTOS QUE EL PAPA QUIERE EXPONER.

#### 1).—Conocer mejor la imagen ideal de lo que la Iglesia debe ser.

Podemos decirnos sin más Venerables Hermanos, que tres son los pensamientos que agitan nuestro espíritu cuando consideramos el altísimo oficio que la Providencia —contra nuestros deseos y méritos— nos ha querido confiar, de regir la Iglesia de Cristo en nuestra función de Obispo de Roma y por lo mismo de Sucesor del bienaventurado Apóstol Pedro, administrador de las supremas llaves del Reino de Dios y Vicario de Cristo, que hizo de él, el pastor primero de su grey universal; el pensamiento, decimos, de que esta es la hora de la Iglesia en que debe profundizar la conciencia de sí misma, debe meditar sobre el misterio que le es propio, debe investigar, para propia instrucción y edificación, la doctrina conocida y en este siglo estudiada y difundida, acerca de su propio origen, de su propia naturaleza, de su propia misión, de su propia suerte final, pero doctrina nunca suficientemente estudiada y comprendida, ya que ella contiene “la dispensación del misterio escondido por siglos en Dios... a fin de que venga a ser conocida... a través de la Iglesia” (Ef. 3, 9-10), misteriosa reserva de los planes de Dios que mediante la Iglesia vienen a la luz; y ya que esta doctrina constituye hay el tema más interesante que otro ninguno de la reflexión que quiere ser dócil a Cristo, y tanto más por parte de quienes, como Nos y vosotros, Venerables Hermanos, han sido “puestos por el Espíritu Santo como Obispos para regir la Iglesia misma de Dios” (Hechos, 20,28).

#### 2).—Cotejar esta imagen ideal con el rostro real que presenta hoy la Iglesia.

De esta conciencia ilustrada y operante, brota un deseo espontáneo de cotejar la imagen ideal de la Iglesia —tal como Cristo la vió, la quiso y la amó como Esposa santa e inmaculada (Cf. Ef. 5, 27)— con el rostro real que presenta hoy la Iglesia, fiel por una parte a las líneas que su divino Fundador le imprimió y que el Espíritu Santo vivificó y desarrolló en el curso de los siglos en forma más amplia y más en consonancia con el concepto inicial, y fiel por otra a la índole de la humanidad que iba ella evangelizando e incorporando; pero jamás suficientemente perfecto, jamás suficientemente

bello, jamás suficientemente santo y luminoso como la querría aquel divino concepto animador. Brota, por tanto, un anhelo generoso y casi impaciente de renovación, es decir, de enmienda de los defectos que denuncia y refleja la conciencia, a manera de examen interior ante el espejo del modelo que Cristo nos dejó de sí. El segundo pensamiento, pues, que ocupa nuestro espíritu y que quisiéramos manifestaros, a fin de encontrar no sólo mayor aliento para emprender las debidas reformas, sino también para hallar en vuestra adhesión el consejo y el apoyo en tan delicada y difícil empresa, es ver cuál es el deber presente de la Iglesia de corregir los defectos de los propios miembros y hacerlos tender a mayor perfección, y cuál es la vía para llegar con sabiduría a tan gran renovación.

#### 3).—Relaciones de la Iglesia con el mundo que le rodea.

Nuestro tercer pensamiento, y vuestro también ciertamente, nacido de los dos primeros ya enunciados, es el de las relaciones que actualmente debe establecer la Iglesia con el mundo que la rodea y en medio del cual vive y trabaja. Una parte de este mundo, como todos saben, ha recibido profundamente el influjo del cristianismo y lo ha asimilado íntimamente —por más que a menudo no se dé cuenta de que es al cristianismo a quien debe sus mejores cosas— pero luego se ha ido separando y diferenciando en estos últimos siglos del tronco cristiano de su civilización. Otra parte, la mayor de este mundo, se extiende a los horizontes ilimitados de los pueblos nuevos, como suele decirse, pero todo en conjunto, es un mundo que ofrece a la Iglesia no una, sino mil maneras de posibles contactos: abiertos y fáciles algunos; delicados y complejos otros; hostiles y refractarios a un amistoso coloquio, por desgracia, hoy muchísimos. Preséntase, pues, el llamado problema del diálogo entre la Iglesia y el mundo moderno. Es problema que toca al Concilio describir en su extensión y complejidad, y resolverlo, cuando es posible, en los mejores términos. Pero su presencia, su urgencia, son tales, que constituyen un verdadero peso en nuestro espíritu, un estímulo, casi una vocación, que para Nos mismo y para vosotros, Hermanos —que por igual habéis experimentado este tormento apostólico— quisiéramos esclarecer de algún modo, como para hacernos idóneos a las discusiones y a las deliberaciones que en el Concilio todos juntos creamos necesarias en tan grave y multiforme materia.

**Se excluyen otros temas urgentes y graves.**

Vosotros mismos echaréis de ver que este plan sumario de nuestra Encíclica, no contempla el estudio de temas urgentes y graves que inte-

resan no sólo a la Iglesia sino a la humanidad, como la paz entre los pueblos y las clases sociales, la miseria y el hambre que todavía afligen a poblaciones enteras, el acceso de las naciones jóvenes a la independencia y al progreso civil, las corrientes del pensamiento moderno y la cultura cristiana, las miserables condiciones de tanta gente y de tantas porciones de la Iglesia, a las que se niegan los derechos de ciudadanos libres y de personas humanas, los problemas morales acerca de la natalidad y así otras cosas.

Ya desde ahora decimos que Nos sentiremos particularmente obligados a volver no sólo nuestra vigilante y cordial atención al grande y universal problema de la paz en el mundo, sino también el interés más asiduo y eficaz. Ciertamente lo haremos dentro del ámbito de nuestro ministerio, ajeno por lo mismo a todo interés puramente temporal y a las formas propiamente políticas, pero solícitos de contribuir a la educación de la humanidad en los sentimientos y procedimientos contrarios a todo conflicto violento y homicida, y favorables a todo arreglo pacífico, civilizado y razonable, de las reacciones entre las naciones. Solicitud nuestra, igualmente, será apoyar la convivencia armónica y la colaboración fructuosa entre los pueblos, con la proclamación de los principios humanos superiores, que puedan ayudar a suavizar los egosmos y las pasiones —fuente de donde brotan los conflictos bélicos—. Y no dejaremos de intervenir, donde se nos ofrezca la oportunidad, para ayudar a las partes contendientes a encontrar soluciones fraternas y honorables. No olvidemos, en efecto, que este amoroso servicio es un deber que la maduración de las doctrinas por un lado, y por otro las instituciones internacionales, hacen hoy más urgente, teniendo presente que nuestra misión cristiana en el mundo es la de hacer hermanos a los hombres en virtud del reino de la justicia y de la paz inaugurado con la venida de Cristo al mundo. Mas si ahora nos limitamos a algunas consideraciones de carácter metodológico para la vida de la Iglesia, no nos olvidamos de aquellos grandes problemas —el Concilio prestará atención a algunos de ellos—, mientras esperamos poderlos hacer objeto de estudio y de acción en el sucesivo ejercicio de nuestro ministerio apostólico como al Señor le parecerá darnos la inspiración y la fuerza.

### **I. CONOCER MEJOR LA IMAGEN IDEAL DE LO QUE LA IGLESIA DEBE SER.**

Pensamos que es deber de la Iglesia ahora, ahondar en la conciencia que tiene que tener de sí, en el tesoro de verdad que es heredera y guardiana y en la misión que debe ejercer en el mundo. Aun antes de proponerse el estudio de ninguna otra cuestión particular, y aun antes de considerar la actitud que ha de adoptar

frente al mundo que la rodea, la Iglesia debe reflexionar en este momento sobre sí misma, para confirmarse en el conocimiento de los planes que Dios tiene sobre ella, para hallar más luz, nueva energía y mejor gozo en el cumplimiento de su misión propia y para determinar los mejores medios que hagan más cercanos, operantes y benéficos sus contactos con la humanidad a la cual ella misma pertenece, aun distinguiéndose por caracteres propios inconfundibles.

Creemos, en efecto, que este acto de reflexión recae sobre la manera misma que Dios ha tenido de manifestarse a los hombres y de establecer con ellos relaciones religiosas de las que la Iglesia es a un mismo tiempo instrumento y expresión. Porque, si bien es verdad que la divina revelación se ha llevado a cabo “de muchas maneras diversas” (Heb. 1, 1), con hechos históricos exteriores e incontestables, ellos sin embargo se han introducido en la vida humana, por las vías propias de la palabra y de la gracia de Dios, que se comunica interiormente a las almas mediante la predicación del mensaje de la salvación y mediante el consiguiente acto de fe de quien lo escucha, que está al principio de nuestra justificación.

### **Docilidad y vigilancia.**

Quisiéramos que esta reflexión sobre el origen y la naturaleza de la relación nueva y vital que la religión de Cristo establece entre Dios y el hombre, asumiese el sentido de un acto de docilidad a la palabra del divino Maestro dirigida a sus oyentes y especialmente a sus discípulos, entre los cuales Nos mismo con toda razón nos complacemos en contarnos. Entre tantas, escogeremos una de las más graves y repetidas recomendaciones hechas por el Señor y valedera todavía hoy para quien quiera profesarse fiel servidor suyo: la de la vigilancia. Es verdad que este aviso del Maestro se refiere principalmente al destino último del hombre, próximo o lejano en el tiempo.

### **Rectitud del pensamiento y de la acción.**

Mas precisamente porque esta vigilancia debe estar siempre presente y operante en la conciencia del siervo fiel, es la determinante de su conducta moral, práctica y actual, que debe caracterizar al cristiano en el mundo. La amonestación a la vigilancia, es intimada por el Señor aun en orden a hechos próximos y cercanos, es decir, a los peligros y a las tentaciones que pueden hacer decaer o desviar la conducta del hombre (Cfr. Mt. 26, 41). Así, es fácil descubrir en el Evangelio una continua invitación a la rectitud del pensamiento y de la acción: ¿por ventura no se refería a ella la predicación del Precursor, con que se abre la escena pública

del Evangelio? Y Jesús mismo ¿no ha invitado acaso a acoger interiormente el reino de Dios? (Mt. 17, 21). Toda su pedagogía, ¿no es una exhortación, una iniciación a la interioridad? La conciencia psicológica y la conciencia moral, están llamadas por Cristo a una plenitud simultánea, casi como condición para poder recibir, tal como conviene al hombre, los dones divinos de la verdad y de la gracia. Y la conciencia del discípulo será luego recuerdo (Cfr. Mt. 28, 75; Lc. 24, 8; Jn. 14, 26; 16, 4) de cuanto Jesús había enseñado y de cuanto a su alrededor había sucedido, y se desenvolverá y se precisará comprendiendo mejor quién era El y de qué cosa había sido Maestro y autor.

El nacimiento de la Iglesia y el encenderse de su conciencia profética, son los dos hechos característicos y coincidentes de Pentecostés y juntos se acrecentarán: la Iglesia en su organización y en su desenvolvimiento jerárquico y comunitario; la conciencia de la propia vocación, de la propia misteriosa naturaleza, de la propia doctrina, de la propia misión, acompañará gradualmente tal desenvolvimiento, según el deseo formulado por San Pablo; "Y esto pido en mi oración, que vuestra caridad rebose todavía más y más en cabal conocimiento y en todo discernimiento" (Fil. 1, 9).

#### Invitación a hacer un acto de fe.

Podríamos expresar de otra manera esta invitación nuestra, que dirigimos tanto a las personas particulares que quieran acogerla — cada uno de vosotros, Venerables Hermanos, y a aquellos que con vosotros siguen nuestra enseñanza y la vuestra— como también a la entera "Congregatio fidelium" colectivamente considerada, que es la Iglesia. Podríamos, pues, invitar a todos a realizar un vivo, profundo y consciente acto de fe en Jesucristo, Señor Nuestro. Deberíamos caracterizar este momento de nuestra vida religiosa en esta profesión de fe, firme y convencida, aunque siempre humilde y temblorosa, como la que leemos en el Evangelio de labios del ciego de nacimiento a quien Jesús, con igual bondad y poder, había abierto los ojos: "Creo, Señor!" (Jn. 9, 38), o también como la de Marta, en el mismo Evangelio: "Sí, Señor, yo he creído que Tú, eres el Mesías, Hijo de Dios vivo, que ha venido a este mundo" (Jn. 11, 27); o aquella otra, para nosotros tan dulce, de Simón, que luego fue llamado Pedro: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios viviente" (Mt. 16, 16).

#### Motivos de este acto de fe.

Y ¿por qué nos atrevemos a invitaros a este acto de conciencia eclesial, a este acto de fe explícito aunque interior? Creemos que hay muchos motivos, derivados todos ellos de las exi-

gencias profundas y esenciales del momento particular en que se encuentra la vida de la Iglesia.

#### a) El peligro del influjo del mundo que rodea a la Iglesia.

Ella tiene necesidad de reflexionar sobre sí misma. Tiene necesidad de sentirse vivir. Debe aprender a conocerse mejor, si quiere vivir su propia vocación; tiene necesidad de experimentar a Cristo en sí misma, según las palabras del Apóstol Pablo: "Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones" (EF. 3, 17). Todos saben cómo la Iglesia está sumergida en la humanidad, forma parte de ella; de ella proceden sus miembros, de ella extrae preciosos tesoros de cultura; y como sufre sus vicisitudes históricas, así también contribuye a sus éxitos. Ahora bien, todos saben por igual que la humanidad en este tiempo está en vía de grandes transformaciones, alteraciones y progresos, que cambian profundamente no sólo sus formas exteriores de vida sino también sus modos de pensar. Su pensamiento, su cultura, su espíritu vienen a modificarse íntimamente ya con el progreso científico, técnico y social, ya también con las corrientes del pensamiento filosófico y político que la invaden y atraviesan. Todo ello, como las olas del mar, envuelve y sacude a la Iglesia misma: los espíritus de los hombres que a ella se confían, están fuertemente influidos por el clima del mundo temporal; de tal manera que un peligro como de vértigo, de aturdimiento, de aberración, puede sacudir su misma solidez e inducir a muchos a ir tras los más extraños pensamientos, como si la Iglesia debiera renegar de sí misma y abrazar novísimas e impensadas formas de vida. Así, por ejemplo, el fenómeno modernista —que todavía aflora en diversas tentativas de expresiones heterogéneas, extrañas a la auténtica realidad de la religión católica— ¿no fue precisamente un episodio semejante de predominio de las tendencias psicológicas y culturales propias del mundo profano, sobre la expresión fiel y genuina de la doctrina y de la norma de la Iglesia de Cristo? Ahora bien, creemos que para inmunizarse contra tal peligro, siempre inminente y múltiple, proveniente de muchas partes, remedio obvio y bueno es el profundizar en la conciencia de la Iglesia, en lo que ella es verdaderamente, según la mente de Cristo contenida en la Escritura y en la Tradición, interpretada y desarrollada en la genuina tradición eclesial, la cual está, como sabemos, iluminada y guiada por el Espíritu Santo dispuesto siempre, cuando se lo pedimos, y cuando lo escuchamos, a dar indefectible cumplimiento a la promesa de Cristo: "El Espíritu que el Padre os enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo cuanto yo os hubiere dicho". (Jn. 14, 26).

**b) Los errores que se introducen dentro de la Iglesia.**

Análogo discurso podríamos hacer sobre los errores que se introducen aun dentro de la Iglesia misma y que engañan a aquellos que tienen un conocimiento parcial de su naturaleza y de su misión, sin tener en cuenta suficientemente los documentos de la revelación divina y las enseñanzas del magisterio instituido por el mismo Cristo.

Por lo demás, esta necesidad de considerar las cosas conocidas en un acto reflejo para contemplarlas en el espejo interior del propio espíritu, es característico de la mentalidad del hombre moderno; su pensamiento se inclina fácilmente sobre sí mismo y sólo entonces goza de certeza y de plenitud cuando esta se ilumina en su propia conciencia. No es que esta costumbre esté exenta de peligros graves; —ciertas corrientes filosóficas de gran renombre, han investigado y engrandecido esta forma de actividad espiritual del hombre como definitiva y suprema; más aún, como medida y fuente de la realidad, llevando así al pensamiento a conclusiones abstractas, desoladas, paradójicas y radicalmente falaces—; pero esto no impide que la educación para la búsqueda de la verdad refleje en el interior de la conciencia, sea por sí altamente apreciable y hoy prácticamente difundida, como expresión exquisita de la cultura moderna; como tampoco impide que, bien coordinada con la formación del pensamiento para descubrir la verdad en el punto en que esta coincide con la realidad del ser subjetivo, el ejercicio de la conciencia revele en quien lo usa, el hecho de la existencia del propio ser, la propia dignidad espiritual, la propia capacidad de conocer y de obrar.

**Hace ya mucho tiempo que la Iglesia viene estudiando su naturaleza...**

Bien sabido es, además, cómo la Iglesia, en estos últimos tiempos, ha emprendido, por obra de insignes investigadores, de almas grandes y reflexivas, de escuelas teológicas calificadas, de movimientos pastorales y misioneros, de experiencias religiosas de nota, pero principalmente por obra de enseñanzas pontificias memorables, un mejor estudio de sí misma.

Muy largo sería aun el solo mencionar toda la abundancia de la literatura teológica que tiene por objeto la Iglesia y que ha brotado de su seno en el siglo pasado y el nuestro; como también sería muy largo evocar los documentos que el Episcopado católico y esta Sede Apostólica han publicado sobre tema de tanta amplitud e importancia. Desde la época en que el Concilio de Trento trató de reparar las consecuencias de la crisis que desgarró de la Iglesia

muchos de sus miembros en el siglo XVI, la doctrina sobre la Iglesia misma tuvo grandes cultivadores, y, en consecuencia, gran desenvolvimiento. Bástenos aquí aludir a las enseñanzas del Concilio Ecuménico Vaticano Primero en este terreno, para comprender cómo el tema del estudio sobre la Iglesia obliga no sólo a los pastores y maestros, sino a los fieles mismos y a todos los cristianos a detenerse en él, como en una estación forzosa en el camino hacia Cristo y toda su obra; tanto que, como ya dijimos, el Concilio Ecuménico Vaticano II, no es otra cosa sino una continuación y un complemento del Primero, precisamente por el empeño que tiene de volver a examinar y definir la doctrina de la Iglesia. Y si no añadimos más, por amor de la brevedad, hablando como estamos a quien conoce muy bien esta materia de la catequesis y de la espiritualidad tan difundidos hoy en la Santa Iglesia, no podemos, sin embargo dejar de mencionar con particular recuerdo dos documentos; nos referimos a la Encíclica "Satis cognitum" del Papa León XIII (1896) y a la Encíclica "Mystici Corporis" del Papa Pío XII (1943), documentos que nos ofrecen amplia y luminosa doctrina sobre la divina institución mediante la cual continúa Cristo en el mundo su obra de salvación, y sobre la cual estamos ahora hablando. Basta recordar las palabras con que se abre el segundo de tales documentos pontificios, que ha llegado a ser, puede decirse, texto autorizado acerca de la Teología de la Iglesia y fuente de meditaciones espirituales sobre esta obra de la misericordia divina que a todos nos concierne.

...plasmada de un modo especial en la doctrina del Cuerpo Místico.

Recordemos, pues, las magistrales palabras de nuestro gran predecesor:

"La doctrina del Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia, recibida de labios del mismo Redentor, y que pone en su debida luz el grande y nunca suficientemente celebrado beneficio de nuestra íntima unión con tan excelsa Cabeza, es ciertamente de naturaleza tan grandiosa y sublime, que invita a la contemplación de todos cuantos son movidos por el Espíritu de Dios e, iluminando sus inteligencias, los incita eficazmente a aquellas obras saludables que derivan de esta misma doctrina". (A. S. S. XXXV, Pág. 193).

Para corresponder a esta invitación, que consideramos todavía operante en nuestra alma, y de tal modo que expresa una de las necesidades fundamentales de la vida de la Iglesia en nuestro tiempo, la proponemos aun hoy, a fin de que ilustrados cada vez mejor con el conocimiento del mismo Cuerpo Místico, sepamos apreciar sus significados divinos, fortaleciendo así

nuestro espíritu con incomparables alientos y procurando disponernos cada vez más para corresponder a los deberes de nuestra misión y a las necesidades de la humanidad.

Y no nos parece tarea difícil cuando por una parte vemos, como declámas, una inmensa floración de estudios que tienen por objeto la Santa Iglesia y por otra sabemos que sobre ella principalmente ha fijado su mirada el Concilio Vaticano II. Deseamos tributar un vivo elogio a los estudiosos que, particularmente en estos últimos años, han dedicado al estudio eclesiológico, con perfecta docilidad al magisterio católico y con genial aptitud de investigación y de expresión, fatigosos largos y fructuosos trabajos que así en las escuelas teológicas como en la discusión científica y literaria, así en la apología y la divulgación doctrinal, como también en la asistencia espiritual a las almas de los fieles y en la conversación con los Hermanos separados, han ofrecido múltiples ilustraciones sobre la doctrina de la Iglesia, algunas de las cuales son de mucho valor y de grande utilidad.

#### Frutos de la labor del Concilio.

De esta manera tenemos confianza en que la labor del Concilio será asistida con la luz del Espíritu Santo y será continuada y llevada a feliz término con tal docilidad a sus inspiraciones, con tal tesón en la investigación más profunda e integral del pensamiento originario de Cristo y de sus necesarias y legítimas evoluciones en el correr de los tiempos, con tal solicitud por hacer de las verdades divinas, argumento para unir —no ya para dividir los ánimos en estériles discusiones o dolorosas escisiones, sino para conducirlos a una mayor claridad y concordia— que redunde en gloria a Dios, gozo a la Iglesia y edificación al mundo.

De propósito nos abstenemos de pronunciar en esta Encíclica sentencia alguna sobre los puntos doctrinales relativos a la Iglesia sometidos ahora al examen del Concilio mismo, que por divina vocación nos corresponde presidir: queremos dejar ahora a tan elevada y autorizada asamblea libertad de estudio y de palabra, reservando a nuestro apostólico oficio de maestro y de pastor, puesto a la cabeza de la Iglesia de Dios, el momento y el modo de expresar nuestro juicio, contentísimos si podemos ofrecerlo en entera conformidad con el de los Padres Conciliares.

Pero no podemos omitir una rápida alusión a los frutos que Nos esperamos se derivarán, ya del Concilio mismo, ya del esfuerzo antes mencionado que la Iglesia debe realizar para adquirir una conciencia más plena y más firme de sí misma. Estos frutos son los objetivos que proponemos a Nuestro ministerio apostólico

mientras iniciamos sus dulces y enormes fatigas; son el programa, por decirlo así, de nuestro Pontificado, y a vosotros Venerables Hermanos, os lo exponemos brevemente pero con sinceridad, para que nos ayudéis gustosamente a llevarlo a la práctica, con vuestro consejo, con vuestra adhesión y vuestra colaboración. Pero juzgamos que al abrirnos Nuestro ánimo, se lo abrimos a todos los Fieles de la Iglesia de Dios y aun a los mismos a quienes, más allá de los claros límites del redil de Cristo, pueda llegar el eco de nuestra voz.

#### a) Conocimiento de la relación vital de la Iglesia de Cristo.

El primer fruto de la conciencia profundizada de la Iglesia sobre sí misma, es el del renovado descubrimiento de su relación vital con Cristo. Cosa conocidísima pero fundamental, indispensable, nunca bastantemente sabida, meditada y exaltada. ¿Qué no debería decirse acerca de este capítulo central de todo nuestro patrimonio religioso? Afortunadamente vosotros conocéis bien esta doctrina. Y Nos no añadiremos una sola palabra, si no es para recomendaros que la tengáis siempre presente como la primera, como guía en vuestra vida espiritual y en vuestra predicación. Valga más que la nuestra, la exhortación de nuestro predecesor en la citada Encíclica "Mystici Corporis": "es menester que nos acostumbremos a ver en la Iglesia al mismo Cristo; porque es Cristo quien vive en su Iglesia, quien enseña por ella, quien por ella gobierna y comunica la santidad; Cristo es también el que de diversas maneras se manifiesta en los diversos miembros sociales de su Cuerpo". (A. A. S. Ibid. Pg. 238).

Oh, ¡qué grato nos sería entretenernos con las reminiscencias de la Sagrada Escritura, de los Padres, de los Doctores y de los Santos, que afluyen a nuestro espíritu al pensar de nuevo en este luminoso punto de nuestra fe ¿No nos ha dicho Jesús mismo que El es la vid y nosotros los sarmientos? (Jn. 15, 1, ss). ¿No tenemos acaso ante nuestra mente toda la riquísima doctrina de San Pablo quien no cesa de recomendarlos: "Vosotros sois una sola cosa en Cristo Jesús" (Gal. 3, 28) y de recomendarlos que... "crezcamos en El, en todos sentidos, en El que es la Cabeza, Cristo, por quien vive todo el Cuerpo" (Ef. 4, 16) y de amonestarnos... "todas las cosas y en todos, Cristo" (Col. 3, 11)?

Bástenos por todos, recordar entre los maestros a San Agustín... "alegrémonos y demos gracias porque hemos sido hechos no sólo cristianos, sino Cristo. ¿Entendéis, os dáis cuenta, hermanos, del favor que Dios nos ha hecho? Admiráos, gozáos: hemos sido hechos Cristo. Pues si El es Cabeza, nosotros somos sus miembros: el hombre total, El y nosotros... La plenitud, pues, de Cristo, la Cabeza y los miembros.

¿Qué es Cabeza y miembros? Cristo y la Iglesia" (In Ioan. tract. 21, 8, P. L. 35, 1568).

#### b) Conocimiento del misterio de la Iglesia.

Bien sabemos que esto es un misterio, el misterio de la Iglesia. Y si nosotros con la ayuda de Dios, fijamos la mirada del ánimo en este misterio, conseguiremos muchos beneficios espirituales, precisamente aquellos de los cuales creemos que la Iglesia tiene mayor necesidad. La presencia de Cristo, más aún, su misma vida, se hará operante en cada una de las almas y en el conjunto del Cuerpo Místico, mediante el ejercicio de la fe viva y vivificante, según la palabra del Apóstol: "que Cristo habite por la fe en vuestros corazones" (Ef. 3, 17).

Y realmente la conciencia del misterio de la Iglesia, es un hecho de fe madura y vivida. Produce en el alma el "sentido de la Iglesia" que penetra al cristiano educado en la escuela de la divina palabra, alimentado por la gracia de los Sacramentos y por las inefables inspiraciones del Paráclito, ejercitado en la práctica de las virtudes evangélicas, empapado en la cultura y en la conversación de la comunidad eclesial y profundamente alegre de verse revestido del sacerdocio real, que es propio del pueblo de Dios (Cfr. I Petr. 2, 9). El misterio de la Iglesia no es mero objeto de conocimiento teológico, sino que debe ser un hecho vivido, del que antes que un claro concepto, se puede tener una como connatural experiencia; y la comunidad de los creyentes puede hallar la última certeza en su participación en el Cuerpo Místico de Cristo, cuando se da cuenta que es el ministerio de la Jerarquía eclesiástica el que por divina institución provee a iniciarla, a dirigirla, de tal manera que mediante este bendito canal, Cristo difunde en sus miembros místicos las admirables comunicaciones de su verdad y de su gracia y da su Cuerpo Místico, mientras peregrina en el tiempo, su estructura visible, su noble unidad, su armónica variedad y su belleza espiritual.

Las imágenes no son capaces de trasladar a conceptos accesibles a nosotros la realidad y la profundidad de este misterio: pero de una especialmente —después de la mencionada del Cuerpo Místico, sugerida por el Apóstol Pablo— debemos conservar el recuerdo, porque el mismo Cristo la sugirió, y es la del edificio, cuyo arquitecto y constructor es El mismo, cimentado sí sobre un hombre naturalmente frágil, pero transformado por El milagrosamente en sólida roca, es decir, dotado de prodigiosa y perenne indefectibilidad: "Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mt. 16, 18).

**Buenos resultados de este conocimiento de la Iglesia.**

Si logramos despertar en nosotros mismos y educar en los fieles, con profunda y elevada pedagogía, este fortificante sentido de la Iglesia,

muchas antinomias que hoy fatigan el pensamiento de los estudiosos de Eclesiología —cómo, por ejemplo, la Iglesia es visible y a la vez espiritual, cómo es libre y al mismo tiempo disciplinada, cómo es comunitaria y jerárquica, cómo santa ya y en vías de santificación, cómo es contemplativa y activa y así otras cosas— serán prácticamente dominadas y resueltas con la experiencia ilustrada por la doctrina, por la realidad viviente de la Iglesia misma: pero sobre todo logrará ella un resultado, el de una magnífica espiritualidad, alimentada con la piadosa lectura de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia y con cuanto contribuye a engendrar en ella esa conciencia. Nos referimos a la catequesis cuidadosa y sistemática, a la participación en la admirable escuela de palabras, de signos y de divinas efusiones que es la Sagrada Liturgia, y a la meditación silenciosa y ardiente de las verdades divinas, y finalmente a la entrega generosa a la oración contemplativa. La vida interior sigue siendo como el gran manantial de espiritualidad de la Iglesia, su modo propio de recibir las irradiaciones del Espíritu de Cristo, expresión radical insustituible de su actividad religiosa y social, e inviolable defensa y renaciente energía de su difícil contacto con el mundo profano.

Es necesario volver a dar toda su importancia al hecho de haber recibido el santo bautismo, es decir de haber sido injertados, mediante tal sacramento, en el Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia. Y esto especialmente en la valoración consciente que el bautizado debe hacer de su elevación, más aún, de su regeneración a la felicísima realidad de hijo adoptivo de Dios, a la dignidad de hermano de Cristo, a la suerte, queremos decir, a la gracia y al gozo de la inhabitación del Espíritu Santo, a la vocación a una vida nueva, que nada ha perdido de humano, salvo la desgracia del pecado original, y que es capaz de dar las mejores manifestaciones y probar los más ricos y puros frutos de todo lo que es humano. El ser cristiano, el haber recibido el santo bautismo, no debe ser considerado como cosa indiferente y sin valor, sino que debe marcar profunda y dichosamente la conciencia de todo bautizado; debe ser en verdad considerado por él —como lo fue por los cristianos antiguos— una "iluminación", que haciendo caer sobre él, el rayo vivificante de la Verdad Divina, le abre el cielo, le esclarece la vida terrena, le capacita para que camine como hijo de la luz hacia la visión de Dios, fuente de eterna felicidad.

Es fácil comprender qué programa pone delante de nosotros y de nuestro ministerio esta consideración, y Nos gozamos al observar que está ya en vías de ejecución en toda la Iglesia y promovido con celo ardiente e ilustrado. Nos lo alentamos, los recomendamos y lo bendecimos.

(Continuará).